

LO siento, pero yo me eduqué en la ilusión del esperanto, en la esperanza de que una lengua común, al fin, nos uniera a todos por encima de culturas y nacionalidades. Un lenguaje universal que hiciera más fácil el entendimiento entre todos los hombres y todos los pueblos.

Es cierto que el esperanto —una lengua artificial creada por el médico y filólogo polaco Zamenhof a finales del siglo XIX— no tuvo nunca demasiado futuro.

Pocos confiaron en ella y a pesar de que se llegaron a celebrar numerosos Congresos, tuvo su propia Academia y llegaron a hablarla más de ocho millones de personas, ningún gobierno ni ninguna institución internacional se la tomó en serio.

Pero no hace todavía treinta años el esperanto se había convertido en un símbolo de la fraternidad y de la unidad universales. Un símbolo que el tiempo y los acontecimientos históricos posteriores han ido dejando vacío de contenido.

El esperanto era una oportunidad que los hombres cultos y civilizados ofrecían como una alternativa para encontrar un campo común. Hubo mucha gente que creyó en esta

JOSÉ INFANTE

ESCRITOR

Esperanto

«Se llegaron a celebrar numerosos Congresos,

tuvo su propia Academia y llegaron a hablarla

más de ocho millones de personas»

posibilidad. Hubo poetas, escritores que se expresaron en esperanto, se editaron libros y diccionarios y llegó a tener una presencia real

«Aquel sueño, aquella ilusión de unidad, aquella

esperanza de fraternidad universal, un

mal día voló por los aires»

y activa en el panorama europeo e internacional.

Pero la desconfianza siempre le acechó.

Yo y muchas personas de mi generación y de varias generaciones nos educamos en la ilusión de esa unidad y fraternidad universales.

Pensábamos —equivocadamente, sin duda— que un día, tal vez no lejano, los hombres y los pueblos buscarían más lo que une que lo que separa y allí estaba aquella lengua que podía ser el camino y la manera de encontrarse.

Eran tiempos (parece mentira que hayan transcurrido tan pocos años) en los que todo esto que hoy nos parece tan lejano y extraño, parecía factible y una utopía posible.

Todo aquel sueño, aquella ilusión de unidad, aquella esperanza de fraternidad universal, un mal día voló por los aires.

Los nacionalismos, con sus pequeños y egoístas intereses, con su mirada chata y su concepción cateta de la cultura y del mundo, han acabado definitivamente por echar por tierra esa hermosa ilusión que se llamó el esperanto.

La Torre de Babel se ha levantado de nuevo.